

Transición sociodemográfica y transformaciones de la familia rural en Chiapas: aproximaciones para el estudio sobre su diversidad

Jorge Ignacio Angulo Barredo
INSTITUTO DE ESTUDIOS INDIGENAS-UNACH

ABSTRACT

This article presents and analyzes evidence on the demographic behavior of rural families in Chiapas and its current trends as well as on the environmental conditions in which such behavior has developed in recent years. It also proposes a discussion of both the notion and perspectives of socio-demographic transition, surveys the debates about change and continuity.

Keywords: socio-demographic transition, changes, diversity, rural family, migrations.

Se expone y analiza sobre el comportamiento sociodemográfico de las familias rurales en Chiapas y sus tendencias actuales, así como las condiciones del entorno en el que ha desenvuelto en los últimos años. También, para su estudio nos acercamos a la discusión sobre conceptos y perspectivas de transición sociodemográfica, así como de enfoques que debaten sobre las transformaciones y continuidades.

Palabras claves: transición sociodemográfica, cambio, diversidad, familia rural, migraciones.

Introducción

El estado de Chiapas, mantiene aún una población con ligera mayoría rural, no ha podido diversificar su economía incrementando el sector secundario, ni consolidar su sistema de ciudades como polos de desarrollo de actividades industriales y generador de fuentes de empleo. Al mismo tiempo ha visto profundizarse el deterioro de su economía primaria, tanto a nivel de producción familiar como empresarial, bajo una combinación de factores entre los que predominan los efectos de la competencia global y políticas económicas de corte neoliberal. Las familias rurales y su organización para la producción doméstica, ha tenido ante sí un continuo escenario adverso, por más de tres décadas. Especialmente ha de atenderse el hecho de que esta población ha dependido cada vez en menor medida de actividades del sector primario y ha entrado a la dinámica de diversificar sus estrategias y prácticas de sobrevivencia (como la práctica migratoria internacional, entre otras), frente a un entorno local – estatal – pobre en políticas y opciones productivas y laborales.

Por otro lado, los datos censales recientes arrojan resultados interesantes sobre cambios demográficos y sociales en cuanto al tamaño de la familia, en su composición (nuclear; ampliada o extensa), en la jefatura por sexo, en la escolaridad por edad, en las edades (por sexo) al ingreso a la etapa laboral, en la nupcialidad por sexo y edades; entre otros indicadores que, desde hace aproximadamente treinta años a la fecha, han ido acentuándose gradualmente y muestran las modificaciones de la familia rural y el papel de ésta dentro del comportamiento demográfico, social y económico del estado de Chiapas.

Lo anterior parece presentar el desarrollo de un doble proceso de ajustes y cambio que las familias rurales en Chiapas están experimentando: por una parte un proceso de reorganización social y de las prácticas económicas en el interior de su esfera doméstica; y, por otro un proceso demográfico de cambios en su estructura, producto en parte de factores exógenos e independientes, que a su vez incide y encuentra intersecciones y articulaciones con el primer factor indicado.

Dentro del desenvolvimiento de este doble proceso, se encuentran manifestaciones que indican la presencia de una tendencia de transición sociodemográfica de estas familias rurales; a la vez que se presentan fenómenos que pueden significar transformaciones importantes tanto en la organización de las relaciones internas familiares como de las mismas relaciones comunitarias de estas sociedades rurales. Nos encontramos, entonces, ante una dinámica de cambios que pueden dar lugar a distintas formulas en las familias rurales que trastocan el antiguo panorama, o estereotipo, de una sociedad rural, de una familia rural, de formas casi homogéneas y uniformes. Es decir, nos encontramos ante un proceso de reconfiguración que puede dar lugar a una diversidad de nuevas formas y arreglos de estas familias y sociedades.

Ante ello, se requiere examinar estos cambios y observar el sentido de las tendencias que puedan significar nuevas pautas y formas en la organización y comportamiento social de la familia, así como también el identificar y examinar los elementos centrales de estas formas adquiridas y su relación en el desenvolvimiento social y económico de la familia y de sus miembros.

Lo que aquí exponemos y analizamos parte de una serie de hipótesis y discusiones que buscan aproximarnos a una explicación de lo que ocurre y pueda

ocurrir, en estos ajustes y transformaciones de estas sociedades, particularmente en el ámbito de las relaciones sociales en Chiapas. Para ello nos basamos en los resultados y hallazgos realizados a partir de un proyecto de investigación en comunidades de la región Sierra de Chiapas, así como una extensa revisión de los datos demográficos arrojados por los censos nacionales, con una perspectiva diacrónica, entre los resultados desde 1960 a 2010, además de recurrir a diversos indicadores e índices manejados por el CONAPO y el CONEVAL, sobre el comportamiento sociodemográfico de esta población y las condiciones del entorno en el que se ha desenvuelto en los últimos años. Para su examen y análisis nos acercamos a la discusión sobre los conceptos y perspectivas de transición sociodemográfica, así como de los enfoques que debaten sobre el presente y futuro de las familias y las sociedades campesinas, o rurales, contemporáneas.

Enfoques, debates y disyuntivas sobre la familia rural contemporánea

La tradición en los estudios sobre las familias en México y en general en América Latina, la rural en particular, ha sido larga y no exenta de cambios, ajustes y predominios de enfoques, teorías y disciplinas, según los momentos; así como espacio de debates, desencuentros y encuentros entre quienes se dedican a este tema.

En el marco de las disciplinas, la antropología ha jugado un papel pionero, desde principios del siglo pasado, particularmente desde la óptica sobre los sistemas de parentesco y enfocado de manera especial hacia la población indígena. La sociología, la economía y la demografía, por su parte, fueron haciendo su intervención más patente, se podría afirmar, conforme el país entraba a un proceso de institucionalización, en los momentos post revolucionarios; de manera especial conforme el país avanzaba hacia una dinámica de modernización, mediados el siglo XX, vía el desarrollo industrial y urbano, caracterizado en México por su política de industrialización por sustitución de importaciones, entre otras políticas económicas y sociales.

En este contexto, importaba conocer y entender el proceso de urbanización acelerada que se daba a costas de un reajuste en las actividades agropecuarias, con especiales efectos sobre la economía y sociedades campesinas. Así, comenzaba a privilegiarse el estudiar al campo y a las familias, tanto rurales como urbanas, a través del filtro y óptica de perspectivas acuñadas para el conocimiento de las transformaciones en las sociedades urbano-industriales. Se podría afirmar, que cada disciplina, así como sus instituciones académicas, definía su campo o parcelas de conocimiento a estudiar sobre las familias, evidentemente, a partir de sus propias tradiciones e intereses específicos, así como su respectivo instrumental y bagaje teórico-metodológico.

Así, en este marco, la antropología, por ejemplo, continuó, con su tradición e instrumental, sus estudios sobre las familias rurales y sus sistemas de parentesco, ya más orientada hacia las transformaciones que afectaban a estas sociedades como las migraciones al medio urbano. Así, destacan trabajos como los de Lourdes Arizpe (1978, 1980, 1987, 1989) a inicios de los setenta, donde conforma un enfoque amplio de estos fenómenos de sociedades en desarrollo, integrando instrumentos como los sistemas de parentesco e identificación y análisis de las prácticas en los procesos de emigración-expulsión del medio rural y la organización de esta población en espacios urbanos en expansión. Un poco

anteriormente, Oscar Lewis (1951), Robert Kemper (1970), entre otros, habían explorado estos tópicos. Larissa Lomnitz (1986, 1994), por su parte, se orienta más hacia las formas y prácticas de asentamientos de esta población rural en el medio urbano, especialmente sobre la conformación y funcionamiento de redes sociales.

Entre tanto, la sociología y la economía, y en menor medida la demografía, que parecían más interesadas en las expresiones propiamente urbanas, y de los procesos de crecimiento, en los setenta confluyen, en algunas de sus corrientes, a la par que la antropología, en su interés por el campo, particularmente hacia la población y la economía campesina. El campo mexicano empezaba a manifestar signos de crisis, especialmente las comunidades y las regiones campesinas, después de un período de condiciones más o menos favorables en su reproducción y en su aportación tanto productiva como demográfica al desigual modelo de desarrollo mexicano.

En este marco, aparecen singulares esfuerzos en algunas instituciones donde convergen algunas preocupaciones de diferentes disciplinas. Un común denominador en esta tendencia si bien es la ya visible crisis en el campo, en sus actores, también es el encauzar y retomar algunos modelos teóricos para su análisis. Así, aparecen en los soportes de estos estudios de manera destacada, posturas como las de A. V. Chayanov y Lenin. Como sabemos, esto dio lugar a un abierto debate teórico–metodológico y político entre estas dos perspectivas, mismo que se bautizó como el debate entre *campesinistas y descampesinistas* (ver Feder, 1977). Discusión, por cierto interminable, sobre todo si atendemos a su denominación que tendía a reducir un campo de debate mucho más complejo, pero que provocó interesantes aportes, justamente para ampliar el conocimiento y estrategias metodológicas sobre el campesinado en México. Empero, lo interesante, en estas condiciones y momentos, fue el amplio despliegue de estudios realizados sobre las diferentes aristas que presentaban los nuevos escenarios y sus protagonistas en el campo mexicano. Sin embargo, en gran parte de estos debates, estudios, y los enfoques en los que desarrolló el análisis del medio rural y campesino, la familia campesina como objeto, y como sujeto, se diluía. Es decir, el concepto de familia aparecía, si acaso, subordinado a los intereses y conceptos en los que dominaba un sentido más económico, como el de Unidad Doméstica de Producción.

Se puede afirmar que en México, y en Latinoamérica, como apuntábamos en un inicio, el acercamiento al análisis de la familia campesina comenzó a desarrollarse partiendo del reconocimiento del predominio del patrón extenso en la familia, en todo caso en coexistencia y en combinación con formas de tipo nuclear, y donde, de igual modo, se integra la relación producción-consumo. Sin embargo, en este ámbito también se observan dinámicas de cambio y diversificación en las formas y en las pautas familiares bajo el efecto de las dinámicas de globalización, los cambios y efectos estructurales, en particular el caso de los fenómenos migratorios.

Si bien, se observa, que para el estudio de estas familias rurales dominaron durante mucho tiempo perspectivas de análisis que tomaban como base el modelo de A. V. Chayanov, con determinadas variantes y ajustes metodológicos, lo cierto es que los escenarios contemporáneos han obligado a repensar y replantear estos esquemas y enfoques teóricos; todo esto, consecuentemente, dentro de una atmósfera de fuerte debate, en medio de ópticas y explicaciones diferentes respecto a estos procesos. Encontramos enfoques, por ejemplo, que si

bien aceptan cambios importantes en las familias rurales, como el hecho de observar y admitir que existen elementos de conflictos y tensiones interiores consideran de cualquier modo vigente y de importancia nodal la persistencia de los elementos de solidaridad y amalgamamiento en el interior de la unidad doméstica y en su relación con su comunidad.

Empero, de manera significativa, quienes estudiaban a las sociedades campesinas desde la perspectiva de las estrategias de sobrevivencia de la unidad doméstica, y su organización como unidad de producción-consumo, como Vania Salles, entre otras y otros autores, han ido derivando hacia construcciones que perfilan a la familia, al concepto de familia, dentro de los objetos e interrogantes del proceso de estas sociedades. La misma Salles, siempre desde el enfoque de Chayanov, afirma que esta óptica subraya la idea de la existencia y contemporaneidad de las familias que no han perdido las funciones económicas y “por el contrario, son estas funciones que generan ciertas relaciones organizadoras de los lazos familiares” (Salles, 1991: 53). A la vez, esta autora advierte que si bien la perspectiva de las estrategias de sobrevivencia involucra con toda evidencia un fondo económico, este enfoque no se agota en él; desde esta idea, la familia campesina para reproducirse tiene necesariamente que producir y consumir no sólo productos en su sentido restringido sino también medios de vida en su sentido amplio, incluyendo los de naturaleza cultural y simbólica; de tal modo que el concepto de familia en este sentido no es en forma alguna estático ni circunscrito a pautas determinantes e inamovibles, si no, por el contrario, se parte del reconocimiento de que es una entidad dinámica. Dentro de esta óptica, Salles, subraya el sentido de solidaridad (a la par de reconocer una dinámica de tensiones y conflictos en la estructura familiar) que se genera en el proceso organizador de la familia en su búsqueda por la supervivencia. De ahí la capacidad, y cualidad propia, de este tipo de familia en generar y promover redes de parentesco y redes sociales que le permitan, a la vez, optimizar las estrategias de sobrevivencia.

Al mismo tiempo, dentro de esta perspectiva se asume, según la autora, el entender, y al mismo tiempo destacar, el que este comportamiento estratégico de las familias no puede reducirse en sus expresiones en la realidad a un solo modelo, a un solo tipo familiar en su estructura; es decir, bajo estas condiciones no se puede presuponer que las familias campesinas estén circunscritas a una sola tendencia de organización nuclear, así como tampoco necesariamente a una organización extensa en el sentido clásico del término. Las expresiones del comportamiento predominante de las familias ante las condicionantes estructurales, las exigencias de las dinámicas imperantes (como el caso de las migraciones), muestran una tendencia, una capacidad a alternar, o combinar, formas de organización. Se puede entender así, que es una forma de afrontar y procesar los cambios. De ahí que el concepto de *familia extensa modificada* (como lo habíamos abordado líneas arriba) pueda ser una fórmula para entender el comportamiento y la organización predominante en la familia campesina contemporánea.

Lo interesante de esta perspectiva como un eje de análisis, desde mi punto de vista, es que trasciende la visión circunscrita a lo propiamente económico, como elemento central en la organización y comportamiento de la familia campesina, permitiendo un examen más amplio de la dinámica familiar, de sus formas de inserción, y sobre sus capacidades, dentro de los procesos socioeconómicos contemporáneos.

Dentro de la misma línea de análisis, Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (2004) observan que en la familia contemporánea, las diversas vinculaciones con múltiples esferas sociales, y su centralidad en el entramado de las relaciones primarias, hacen de su análisis un campo de estudio *sui generis* para el conocimiento de los procesos sociodemográficos; a lo que yo añadiría que se ofrece como un campo especial para entender procesos socioeconómicos y socioculturales complejos como las migraciones como recurso de supervivencia del individuo y de la organización familiar, por ejemplo.

Como señalábamos anteriormente, a partir de los marcos sociológicos y antropológicos clásicos sobre la estructura familiar, y sus formas de organización, y relaciones con las estructuras y dinámicas sociales y económicas, las nociones, modelos de conocimiento y análisis sobre la familia se han modificado en los últimos años, en la medida en que las mismas familias se han transformado en consonancia con los grandes cambios sociales y económicos. En América Latina, en efecto, los grandes procesos de urbanización, mediante los flujos de población campo-ciudad, desde los años cuarenta y cincuenta, representaron el contexto y la exigencia de estas transformaciones en la constitución y prácticas de las familias campesinas (Ariza y Oliveira, 2001). Sin embargo, la interrelación entre los cambios sociales y familiares, y la redefinición de los marcos conceptuales, es compleja y multidireccional. En contraste con los países desarrollados, en América Latina muchos de los cambios advertidos son incipientes y diferenciales por sector social. En este sentido, por su parte Robichaux (2007) destaca también la importancia y el peso de los ámbitos culturales y las especificidades étnicas en estos procesos; orientándose más enfáticamente a la prevalencia y supervivencia, un tanto independientemente de los condicionantes globalizadores y demás factores de los cambios contemporáneos, de las formas *tradicionales* en las familias rurales de este subcontinente.

Por otro lado, de acuerdo con Ariza y Oliveira, las transformaciones en el régimen demográfico¹, descenso de la fecundidad, disminución de la mortalidad, incorporación de las mujeres a la actividad económica extradoméstica, en regiones como América Latina, han contribuido al lento pero sostenido proceso de erosión de los fundamentos socioculturales del *ethos* patriarcal, promoviendo la emergencia de imágenes cambiantes de la mujer y sus familias. En este entorno se modifican también los arreglos y acuerdos familiares, y el modo en el que las familias se interrelacionan con el Estado, la vida institucional y económica, dejando emerger la estrecha interconexión entre el mundo familiar y otros ejes de la organización social (Ariza y Oliveira, 2001). Estos cambios, estas transiciones o ajustes de la familia, exigen, a su vez, de una perspectiva teórica y analítica multivariable y multidireccional, con capacidad de examinar y dilucidar estos procesos.

En este sentido, en su organización doméstica las familias han recibido el embate de los recurrentes episodios de crisis económica, los procesos de ajuste, reestructuración y apertura al mercado externo, adaptándose de manera flexible a las cambiantes condiciones socioeconómicas. En el caso de procesos intensos como la dinámica migratoria contemporánea, las tensiones contradictorias que generan los procesos de transnacionalización-globalización, fragmentación-unificación, característicos de esta modernidad, han dejado su huella en la

¹ Particularmente a partir de la década de 1970.

estructura y la dinámica interna de las familias inscritas en los circuitos migratorios internacionales, de acuerdo con lo que señalan las autoras referidas:

En el plano más acotado del quehacer científico social, las modificaciones en la dinámica de formación y disolución familiar, sus puntos de continuidad y ruptura, y las transformaciones sociodemográficas destacadas, han puesto en entredicho las habituales aproximaciones analíticas en el estudio de la familia, propiciando la emergencia de nuevos enfoques (Ariza y Oliveira 2001).

En esta tesitura, estas autoras destacan, por ejemplo, la necesidad de enfoques y aproximaciones que den cuenta de los procesos identitarios (citando a Giddens, 1991), de cómo los actuales procesos de globalización trastocan los referentes básicos de la vida social, cuyas repercusiones se dejan sentir en el mundo de la familia (Ariza y Oliveira, 2001: 11).

Por otra parte, dentro del impulso económico globalizador, generador, a la vez, de la magnitud e intensidad de los actuales movimientos migratorios internacionales, aparecen contextos y fenómenos hasta no hace mucho inéditos, que obligan a análisis que pudieran dar cuenta de estas tensiones y las estrategias que los migrantes y sus familias establecen. En este último caso, emergen enfoques como los de transnacionalidad y translocalidad (Glick Schiller, et al, 1992; Portes y Walton, 1981 y 1999; Guarnizo, 1997 y 1998 y Ariza, 2000). Esto, ante el imperativo de dar cuenta, por ejemplo, de cómo este nuevo entramado de relaciones sociales ha propiciado, por diferentes vías, modificaciones tanto en la estructura como en la dinámica de las relaciones familiares de los migrantes y en la cualidad identitaria de sus familias (Guarnizo, 1997); así, por su fuerte tendencia a la fragmentación de los espacios residenciales, la migración internacional ha contribuido de manera directa a la pérdida de importancia de la co-residencia como criterio de pertenencia a los hogares y/o unidades domésticas.

En sus aspectos básicos estructurales, en términos de la composición del parentesco y del hogar, la familia en México y Latinoamérica permanece más o menos estable; los hogares nucleares (completos, con o sin hijos) siguen en predominio, pero los hogares de familias extensas o las compuestas (que incluyen no parientes) continúan en ascenso con un peso relativo importante (González de la Rocha, 1988 y Chant, 1994). No obstante, entre otras modificaciones, se precia el incremento en particular de los hogares jefaturados por mujeres, tanto en el ámbito urbano como en el rural, aunque con mayor presencia en el primero. Este tipo de hogares, junto con la presencia de las familias extensas y compuestas, de acuerdo a Ariza y Oliveira (2001: 19) permiten hablar de una mayor diversidad de arreglos familiares en la dinámica de América Latina.

En el ámbito de la reproducción, el panorama es de cambios en algunos aspectos y de continuidades en otros. El deterioro de las condiciones de trabajo, el aumento de la vulnerabilidad y la pobreza de los hogares, junto a otras transformaciones de más larga duración, han contribuido a cambiar la imagen en los hogares mexicanos del modelo de organización familiar, caracterizado en el ámbito urbano por la presencia de un jefe-varón proveedor principal exclusivo, cuyo salario es suficiente para cubrir la manutención familiar, entre otras características socioeconómicas. En el medio rural los cambios en la organización también se han manifestado, especialmente en el ámbito de la reproducción, particularmente en condiciones de familias con miembros migrantes, donde la ausencia prolongada o definitiva del esposo obliga a replantear arreglos que

pueden ir desde la sustitución de la jefatura por la esposa a la sustitución de la jefatura por algún otro miembro, el padre del esposo en muchos casos.

Dentro de los impactos y condicionantes generados por la dislocación entre producción y consumo en el grupo familiar y la dependencia creciente hacia el ingreso externo, la participación en la dinámica migratoria contribuye a modificar las relaciones internas que tienden a replantear no sólo la conformación de la estructura familiar, sino la diversidad de papeles asumidos por los miembros y sus prácticas en la dimensión de la reproducción económica y social, en particular las relaciones de dominio por género y generación.

Patricia Arias ilustra este proceso de la siguiente manera: en general, las familias y las comunidades parecen rechazar, parecen negarse a aceptar, que el cambio económico acarree modificaciones en las relaciones de generación y de género, estas últimas en especial. Hasta la fecha, las familias han tratado, por todos los medios a su alcance, de mantener un tipo de control sobre cónyuges, hijos e hijas. Aunque, como veremos, cada vez con menos éxito y más tensiones. Los cambios económicos han tocado dos ámbitos muy sensibles de las familias rurales: la solidaridad y el ciclo de desarrollo económico (Arias, 2009: 34).

Visto como tal, este planteamiento de Arias parecería un tanto drástico y, al menos, tendiente a considerar homogéneas las condiciones socioeconómicas y culturales en el medio rural, y aún en las diversas conformaciones regionales. Resultaría difícil el considerar que toda, o gran parte de, la población rural se encuentra en esas mismas condiciones y responde de la misma manera; más aun si se considera que, en el caso del proceso migratorio en particular, hay diferentes experiencias históricas por regiones, diferentes tipos de etapas y momentos en su desarrollo (aún cuando se tome en cuenta que estas etapas no necesariamente se cubran de una manera mecánica y en las mismas escalas de tiempo), y, sobre todo, diversas y distintas conformaciones y experiencias históricas-culturales. Sin embargo, creo que hay que aceptar que sí se puede observar una tendencia económica de impactos similares en las diversas regiones del campo mexicano; el generalizado movimiento migratorio internacional hacia Estados Unidos parece un indicador de que la población tiene una respuesta similar ante estos embates económicos globales. Empero, aún asumiendo esto último, creo que pudieran encontrarse y considerarse diferencias en los comportamientos regionales y locales, diferencias que logran expresarse en su respuesta en cuanto a ritmo en el tiempo y matices en los cambios. Esto es lo que creo que le da sentido a las investigaciones en regiones y grupos específicos.

El camino del conocimiento y la construcción de sus herramientas conceptuales y analíticas, para advertir e identificar la dinámica y las formas de diversidad que van tomando las familias rurales ha sido prolongado, muy probablemente porque, como señala Ariza, estos procesos sociodemográficos se manifiestan de manera gradual y laxa en el medio rural y en las sociedades y economías no desarrolladas; sin embargo, algunos condicionantes parecen detonar y acelerar estas manifestaciones de cambio en las formas y arreglos de estas familias. Sin embargo, la interrelación entre los cambios sociales y familiares, y la definición de los marcos conceptuales para abocarse hacia el análisis de estos procesos es compleja y multidireccional. Por ello considero, la relevancia de enfocarse no sólo a la dinámica de la familia como unidad doméstica de producción-reproducción, en el sentido amplio, sino también a la constitución misma de la familia como estructura y como organización social.

En el caso de la propuesta que ahora presentamos, más que distinguir o perfilar nuevas conformaciones o formas de arreglo familiares, pretendemos describir, identificar y analizar los cambios al interior de estas familias, los factores y detonantes, coyunturales y/o estructurales, y las condiciones y respuestas que han tenido las familias y sus actores. En el caso específico que nos ocupa, la práctica migratoria, sobre todo la de carácter internacional hacia Estados Unidos, ha sido uno de los elementos centrales, aunque no necesariamente el único, en las tendencias de transformación de estas familias. El impacto y dinámicas generados por las características de los nuevos procesos migratorios, podremos observar, han tendido a modificar el papel y la organización del grupo doméstico, propiamente dicho, y el de la familia, en su acepción más general. El fenómeno migratorio, entre otros factores contemporáneos, ha hecho trascender las esferas de lo que se comprendía dentro del concepto de *Grupo Doméstico Campesino* o *Unidad Doméstica Campesina*. Asimismo este hecho obliga a redefinir y precisar los conceptos y el ámbito del análisis cuando nos abocamos al estudio de estos procesos.

Como señalábamos, se puede asumir que el proceso migratorio actual en Chiapas ha venido a acelerar y profundizar más aun el problema de la producción rural en este estado, en particular de la comunidad campesina. Podemos subrayar, siguiendo esta pauta, que esta escalada crítica afecta a la familia campesina tanto como entidad productiva como en su concepto, propiamente dicho, de familia. Esto nos lleva a guiarnos por el análisis del proceso de transición en la familia campesina, en el sentido de encontrar e identificar cambios en su composición demográfica, de organización de la fuerza de trabajo, en las funciones y asignaciones internas y sociales, y en la detección de tensiones en su composición jerárquica y del ejercicio de la autoridad. En modo alguno esto significa el esperar hallar cambios significativos o cruciales, al menos en todos los órdenes enunciados, pero sí el encontrar el perfil de esta transición y sus connotaciones más relevantes.

Organización familiar en la Sierra de Chiapas y el actual proceso migratorio

Las comunidades campesinas de la región de la Sierra, especialmente la subregión fronteriza a la que pertenecen las localidades de Toninchihuán y Santa Rosa, se caracterizan por sufrir constantes períodos de crisis severas, manifestándose en algunos momentos de su historia a niveles de hambruna, provocando el éxodo de población. A la par, su población también se ha caracterizado por aprovechar circunstancias o momentos de la dinámica socioeconómica estructural para desarrollar las prácticas y estrategias que le han permitido reproducirse y sobrevivir, donde cabe destacar la relación con las fincas cafetaleras del El Soconusco durante el período de auge de estas plantaciones, también el corto período de la bonanza cafetalera campesina de los setenta y ochenta, así como diversas formas migratorias internas. De hecho, hay que recordar un dato histórico no menor, que es el que las comunidades de esta región se formaron en buena parte con población originaria de Guatemala al calor del proceso de expansión de la producción cafetalera para la exportación en El Soconusco, entre fines del siglo XIX y principios del siglo XX.

En la actualidad, ante la secuencia de otros períodos de franca crisis, con causales tanto locales como globales, donde fenómenos meteorológicos como el impacto de los huracanes *Mitch* y *Stan* han puesto en evidencia la vulnerabilidad

social y económica de la región y su población, sus familias han encontrado en la migración internacional una nueva forma de elaborar prácticas que por lo menos les garanticen la sobrevivencia. Sin embargo, estas prácticas vía las migraciones internacionales contemporáneas, contraen a su vez modos y exigencias de adaptación y cambios que se manifiestan en sus entidades sociales básicas como la familia y las relaciones en la comunidad.

Algunos rasgos de la familia rural contemporánea en dos comunidades de la Sierra de Chiapas

Se seleccionaron las localidades de Toninchihuán y Santa Rosa como lugares de estudio por encontrarse en la media del tamaño de población de las comunidades prevaecientes en la región de la Sierra (misma que presenta un patrón muy disperso en su población, con gran número de localidades pequeñas). La primera es un núcleo de población ejidal, perteneciente al municipio de Motozintla, tiene una población total de 192 habitantes con 31 familias constituidas. La segunda es uno de los ocho barrios de un poblado mayor, Granados; cuenta con 160 habitantes conformados en 24 familias. Estas dos localidades presentan la peculiaridad de ser vecinas muy cercanas, prácticamente unidas en su trazo urbano, además de guardar estrechas relaciones entre sus familias e instituciones comunitarias.

La estructura familiar

Del total de 40 familias consideradas en la encuesta (26 pertenecientes a la localidad de Toninchihuán y 14 al barrio de Santa Rosa, Ejido Granados), la jefatura de familia es presidida en número predominante por hombres con un 72.5 por ciento, mientras que la jefatura femenina sólo representa 27.5 por ciento de los hogares.

Vemos que la jefatura femenina es ligeramente mayor al promedio nacional, 23 por ciento (CONAPO, 2006), lo que puede indicar, entre varios factores, una consecuencia propia en hogares sujetos a movilidad migratoria. Asimismo, es de llamar la atención el hecho de que en el caso de las jefaturas masculinas éstas se concentren en mayor medida en personas a partir de la edad madura (mayores de 41 años), mientras que en el caso de las jefaturas femeninas la tendencia es precisamente a la inversa, donde el número de mujeres jóvenes jefas de familia es mucho mayor que el de mujeres de edad madura en adelante.

El promedio del tamaño de las familias es de 6 miembros, con un índice de hijos de 4.5; sin embargo, se manifiesta una notoria diferencia intergeneracional en el comportamiento y tendencias sociodemográficas de estos grupos familiares. Estas diferencias se expresan de forma patente en los casos donde los padres son mayores de cuarenta años y con veinte años o más de haberse formado como pareja, con respecto a aquellas familias jóvenes constituidas por parejas con edades menores a los cuarenta años y con menos de veinte años de formadas. Las familias de parejas jóvenes, menores a cuarenta años de edad y con un tiempo de haberse formado de entre 1 a 20 años tienen en promedio 3.0 hijos, en tanto que las familias del primer grupo mencionado tienen en promedio 5.5 hijos.

Entre otros factores que pudieran explicar estas tendencias diferentes, encontramos los siguientes: escolaridad, tenencia y acceso a una parcela, y la práctica migratoria. El primer grupo, de padres menores a los cuarenta años tiene

un promedio de escolaridad de 4.5 años, mientras que el grupo de mayores de cuarenta tiene un promedio de 1.5 años y el 30 por ciento no sabe leer ni escribir. En lo que se refiere a la tierra, el 95 por ciento de jefes de familia del grupo mayor a cuarenta años tiene parcela con derechos agrarios, mientras que del grupo joven sólo el 35 por ciento está en esta condición. En cuanto a la migración, sólo el 25 por ciento de los padres del grupo mayor ha sido migrante, mientras que en el grupo joven esta proporción se invierte al ser el 75 por ciento el que ha migrado al menos una vez.

Para identificar estas tendencias de cambio, se optó por apoyarnos en un modelo semejante al ciclo vital (ver cuadro siguiente). Se realizó una división en cuatro grupos, por rango de tiempo en la formación de las parejas y etapa en cuanto al ciclo de vida familiar: a) formación de la pareja y familia con hijos pequeños (hasta los 4 años de pareja); b) familias con hijos en edad escolar (de los 5 hasta los 15 años de formación); c) familias con hijos adolescentes y hasta los 24 años de edad (hasta los 25 años de formación); y d) familias con hijos mayores a los 25 años (familias con más de 25 años de formación y con hijos independientes en la mayoría de los casos).

Cuadro: familias de acuerdo de acuerdo a su etapa de formación, e hijos de acuerdo al grupo de edad y grado de dependencia económica con los padres en las localidades de estudio

Grupo/ Años de formación	Número de familias	Grupos quinquenales de edad por familia	Número de hijos por grupos quinquenales	Número de hijos - promedio - por familia	Número de hijos por dependencia con los padres
a) 0-4	3	0-4	5	1.3	5
			Total: 5		
b) 5-15	17	0-4	8		8
		5-9	20		20
		10-14	22		22
			Total: 50	2.9	Total: 50
c) 15-25	9	0-4	1		1
		5-9	8		8
		10-14	13		13
		15-19	14		6
		20-24	12		3
			Total: 48	5.3	Total: 29
d) 25 en adelante	11	10-14	3		3
		15-19	17		7
		20-24	18		4
		25-29	19		2
		30 en adelante	15		0
			Total: 62	5.6	Total: 16

Fuente: Encuesta aplicada entre noviembre 2008 y marzo 2009

Es de observarse la amplitud de la edad reproductiva de las familias, donde una parte importante tiene hijos con alrededor de 20 años de diferencia entre el mayor y el menor. De igual modo es de notarse la diferencia entre el promedio de hijos por familia entre el grupo b) de familias entre 5-15 años de constituidas con 2.9 hijos, con el grupo c) de familias entre 16-25 años, con un promedio de 5.3 hijos por familia. En efecto, aun cuando a las familias de la etapa b) les faltara cerca de 5 años en promedio de su edad reproductiva, difícilmente llegarían a un promedio alto como el del grupo c), e incluso el del grupo d) que

tiene un promedio de 5.1 hijos por familia. También es de subrayarse el relativamente escaso número de parejas recién formadas (en el grupo a); esto podría explicarse, como lo abordaremos más adelante, por los efectos de las migraciones de jóvenes, así como la tendencia a formar pareja cada vez a mayor edad (pasados los veinte años de edad).

Si dividimos los hogares en cuanto número de integrantes, tenemos lo siguiente: 42.5 por ciento tiene entre 3 y 5 miembros; 45.0 por ciento tiene entre 6 y 8 miembros; y el 12.5 por ciento entre 9 y 12 miembros. En tanto, el promedio de integrantes por hogar es de 6.0, que resulta una cifra bastante alta si tenemos en cuenta que el promedio nacional es de 4.6 personas por hogar (II Censo Nacional de Población, INEGI, 2005). Sin embargo, como ya hemos visto, observamos que hay una tendencia a la disminución en número de hijos y en número de miembros en el hogar en las familias más jóvenes.

Del total de hogares encuestados, se encontraron 12 casos (30 por ciento) donde residen dos o más familias. En estos casos, en ocho son familias de hijos o yernos migrantes que han dejado a la esposa, hija o nuera del jefe de familia a su cuidado. En los otros cuatro casos se trata de hijos jóvenes que inician su vida matrimonial, viviendo en principio en casa de los padres o los suegros y el caso de un hombre divorciado con hijos.

Por lo demás, se observa como prevaleciente la tendencia a hogares con viviendas unifamiliares. Sin embargo, como lo podremos ver con mayor detalle más adelante, existe la tendencia de un patrón territorial familiar que se organiza en un mismo terreno, más o menos amplio, con viviendas donde por lo regular se encuentran dos generaciones: la vivienda paterna y la vivienda de los hijos o hijas con su propia familia.

Relaciones y papel de los miembros de la familia, según edad, género y generación

Relaciones y funciones por edad

En la relación edad-actividades y papel en la familia (por rangos de edad), tenemos que tanto en los rangos de 5-9 años como en los de 10-14 años predomina, en un 90 por ciento, la actividad escolar, independientemente del sexo, aunque cambian las actividades complementarias entre uno y otro rango. Hasta los nueve años las ocupaciones giran en torno al mantenimiento y cuidado de la vivienda. Aquí hay cierta diferenciación de actividades por sexo pero aún no tan notorias; entre los 10 y hasta los 14 años estas actividades aumentan en dimensión y constancia y aumenta el número y complejidad, también aparecen de manera más notorias las diferencias por sexo en cuanto tipo de actividad. A los varones se les asigna las ocupaciones de compañía y ayuda al padre en sus labores en la parcela y demás tareas productivas y de obtención de ingresos. Las mujeres, de igual modo, ven aumentadas sus responsabilidades, ocupándose de tareas específicas en la vivienda, como ayuda en lavado de ropa y enseres, aseo, además de labores en el traspatio, y ocasional o circunstancialmente apoyo al padre o a la madre en algunas tareas básicas en la parcela.

El rango de entre los 15 y los 19 años se puede apreciar como un período crítico, tanto para el caso de los hombres como para las mujeres. Es en esta etapa cuando la gran mayoría de los jóvenes en las familias de estas comunidades, el 90 por ciento, deja los estudios y determina ingresar al ámbito laboral. El 40 por

ciento de los hombres combina actividades en la unidad familiar, actividades productivas familiares no remuneradas, como actividades laborales eventuales remuneradas en otras unidades de pueblos cercanos, sobre todo en el caso de los varones, como albañilería y tareas agrícolas. En el caso de los hombres en este rango de edad, el 50 por ciento emigra para trabajar a otras partes; de este número el 40 por ciento se va a Estados Unidos y el otro 60 por ciento emigra a otras ciudades del estado o a otros estados del Sur-sureste (en muchos casos, como paso previo a la migración a Estados Unidos). Una amplia mayoría de este grupo permanece soltero, un 90 por ciento y sólo el 10 por ciento se casa antes de migrar; el restante 10 por ciento de los hombres en este rango de edad se casa y se queda en la localidad compartiendo tareas en la unidad productiva con el padre, con cierta retribución económica y combinando con tareas de peonaje en el ámbito regional cercano.

En el caso de las mujeres el 50 por ciento de este rango permanece en la unidad familiar combinando las actividades regulares de este ámbito con labores remuneradas, aunque, en comparación con los hombres, encuentra menos oportunidades de trabajo remunerado en el ámbito de las cercanías, más que labores ocasionales de costura, lavado, o confección y venta de manualidades; un 10 por ciento de este grupo de edad se va a trabajar a Estados Unidos, mientras que un 30 por ciento emigra para trabajar en ciudades cercanas del estado, y el restante 10 por ciento emigra a ciudades más lejanas (en temporadas más largas) del mismo estado o de otros estados de la región Sur-sureste; el 10 por ciento del total de la población femenina en este rango se casa.

En el rango de los 20 a los 24 años de edad y de los 25 a los 29 años, encontramos patrones semejantes, con la salvedad de que en el primer rango un 35 por ciento se casa y en el segundo un 80 por ciento ya se encuentra casado. Es en la etapa del primer segmento (de 20 a 24 años) cuando gran parte de esta población inicia la migración hacia Estados Unidos, en el caso de los hombres en particular un 60 por ciento. En el caso de las mujeres esta decisión de migrar en este segmento se da en un 15 por ciento. Es también en esta etapa, principalmente entre los 20 a 24 años, cuando una mayoría de las mujeres se casa.

Una parte de las jóvenes casadas se hace cargo de la jefatura del hogar en ausencia del marido migrante, pero otra parte, una mayoría de este grupo, queda bajo el resguardo de la familia del marido; aunque esto no significa que se le releve de tareas tanto domésticas como, eventualmente productivas, ni que, en la práctica, no tome decisiones sobre su hogar y el destino de las remesas que envía el marido. Como señalábamos, en muchos casos la mujer del migrante asume las responsabilidades ante la comunidad que originalmente le corresponde al marido, como trabajos colectivos comunitarios (tequios- a veces subcontratando a quien lo haga), obligaciones en algunos cargos y con frecuencia se acepta su participación en la toma de decisiones de la comunidad.

En general, se puede apreciar, con base a los datos anteriores, que no sólo hay cierta disminución en el número de hijos por familia, sino que sus funciones y ocupaciones también han cambiado en relación a la conformación de las familias de generaciones anteriores, principalmente con respecto a su relación con la actividad productiva agrícola de la unidad familiar; los hijos, varones, desde edades tempranas ya no están tan ligados a esas labores, más aún en la edad de su inserción laboral y en el caso de las hijas parece que el matrimonio no forma parte ya del horizonte único y casi inmediato después de la adolescencia.

Relaciones y funciones por género

Si bien la migración era una práctica reservada a los varones de las familias (salvo a lugares relativamente cercanos), en los últimos años se ha incrementado la participación de las mujeres de estas localidades en los flujos migratorios hacia los estados del norte de México y a Estados Unidos. De igual modo es de notarse el incremento en la escolaridad de la mujer en las últimas generaciones, una mayor participación en actividades remuneradas, tanto al interior como fuera del hogar, así como una mayor integración en diversas actividades de la comunidad. Sin embargo, como ya hemos adelantado, por otro lado, en lo que respecta a las mujeres casadas parece mantenerse prácticas de tipo patrilocal-virilocal, residiendo de esta manera la mujer en la casa de la familia del marido o al menos bajo el cuidado de los padres de éste; entre otros rasgos observados, como veremos a continuación.

De acuerdo a los datos arrojados por la encuesta, el 92 por ciento de las mujeres con edades entre los 5 y los 14 años de edad estudian (entre la primaria y la secundaria), de este grupo un 80 por ciento continúa sus estudios de la primaria a la secundaria. Del grupo de edad de entre 15 y 19 años, un 85 por ciento deja de estudiar al terminar (o durante) los estudios secundarios y sólo un 15 por ciento continúa al siguiente nivel de educación media superior. Las mujeres arriba de los veinte años en su mayoría o ya están casadas o residen en otro lugar laborando (como migrante internacional o en lugares cercanos), son muy pocos los casos, el 7 por ciento, de quienes continúan sus estudios (superiores o técnicos, necesariamente residiendo en algún otro lugar) y de quienes siendo solteras continúan en sus actividades bajo el techo del hogar paterno.

De las respuestas en las entrevistas abiertas aplicadas a madres de familia se llega a la estimación que la edad promedio de las mujeres al casarse en estas localidades es alrededor de los veinte años. Sin embargo, predominan las opiniones sobre el hecho de que cada vez las jóvenes de estas comunidades tardan más en casarse, es decir, cada vez se casan con mayor edad; prefirieron irse solteras como migrantes a Estados Unidos o trabajar en alguna ciudad de las regiones cercanas y después casarse con algún joven que conocieran en esos lugares. Son ya pocas las mujeres que se quedan en estas localidades que esperan casarse, o que se casen con algún novio de la adolescencia, pues, según afirman, regularmente la mujeres de Toninchiuán se casaban con los jóvenes de las comunidades vecinas (principalmente de Granados), y viceversa, pero en los últimos años ese patrón ya no es tan usual, según coinciden algunas informantes.

Del total de 61 hijas registradas en la encuesta con edades de entre los 14 y los 25 años de edad el 16 por ciento son migrantes en Estados Unidos o algún Estado del país; 5 (8 por ciento) son casadas que viven independientemente o con su esposo en la casa paterna de éste, con edades que oscilan entre los 19 y los 25 años; el 8 por ciento son casadas que viven con sus padres, con edades que oscilan entre los 18 y los 25 años; el 18 por ciento son solteras trabajadoras en Motozintla y Tapachula y en localidades grandes en la región, con edades de entre los 17 y los 25. El restante se compone de 30 mujeres que viven en el seno de la casa familiar. Del rango mismo de edad de entre los 14 y los 25 años, 14 mujeres (el 23 por ciento), solteras, continúan sus estudios de secundaria (primaria en 3 casos) o alguna preparación técnica o habilidades, con actividades

complementarias relativas a la unidad familiar, principalmente en el ámbito de la casa, con edades que oscilan entre 14 y 17); y 16 mujeres (el 26 por ciento) son solteras con combinación de actividades en las tareas domésticas, en la parcela familiar y eventualmente en alguna actividad remunerada externa, con edades de entre 14 y 22 años.

Sobre estos datos, se observa ya una participación femenina joven en las prácticas migratorias internacionales (que hasta ahora representa un 10 por ciento de este grupo de población) y se resalta el hecho de su condición de soltería, inclusive en los casos de las casadas, de acuerdo a las entrevistas abiertas al jefe de familia de estos casos, se fueron solteras. La mayoría de este amplio grupo de edad tiene en promedio hasta el primer año de secundaria (6.5 años de escolaridad; igual que los varones) y destaca en esta tendencia el segmento de 14 a 17 años, que en un amplio porcentaje continúa sus estudios, aunque la mayoría los termina concluyendo la secundaria; es decir, se observa una tendencia de esta población femenina hacia el optar por la escuela como ocupación principal, pero se frena al llegar a fines de la secundaria o a los 16-17 años, aproximadamente. También es de observarse la importancia del tamaño de la parte de esta población que permanece soltera hasta entrados los veinte años. No disponemos de información y elementos específicos para poder comparar con las tendencias de formación de pareja (índices de nupcialidad) de hace unos treinta o cuarenta años, pero a juzgar por la información y percepción de algunas mujeres entrevistadas (al igual que en algunos casos de las entrevistas con hombres), las generaciones actuales de las mujeres en esta zona se casan de unos tres a cinco años, en promedio, mayores que las mujeres de generaciones anteriores (de hasta hace unos quince o veinte años). Según la misma información, en el caso de los hombres también ha aumentado la edad al momento de formar pareja pero con menos años, es decir, de unos dos a tres años en estos casos.

Estos cambios, si observamos, se concentran principalmente en el nivel educativo, la ocupación principal (de acuerdo a la edad), la tendencia a la emigración, tanto de la localidad como del seno paterno y la edad al casarse. Observamos también, empero, rasgos prevalecientes de los llamados patrones tradicionales en cuanto a determinaciones en los papeles en la familia por sexo, como los casos de las nueras o hijas que se quedan al cuidado de los papás o de los suegros cuando el marido migrante está ausente, principalmente algunos casos tendientes a lo patrilocal-virilocal (la residencia y relativa dependencia del hijo varón y su esposa en el hogar o solar paterno).

Relaciones y características entre generaciones

Por otro lado, en estas comunidades se observa de manera predominante cuatro generaciones. Dado el relativo corto tiempo de la fundación de los ejidos y los núcleos de población (en particular en el caso de Toninchihuán), la generación mayor está formada por los hijos de los fundadores del ejido, de entre 60 y 80 años. Algunos nacieron ahí y otros llegaron con algunos años de edad, todos (los hombres) obtuvieron, en su momento, sus derechos agrarios. La siguiente generación, la mayoría nacida en las comunidades ya establecidas y otros nacidos en otros lugares, de padres avecindados en su momento, que cuenta ahora entre 40 y 60 años, también la mayoría con sus derechos agrarios ejercidos (hay que considerar algunos casos que llegaron como avecindados que no han obtenido los derechos). La generación de entre 20 y 40 años de edad está

formada por gente nacida en la localidad, con algunos vecindados; una mayoría, si bien tiene derechos ejidales a salvo no ha sido beneficiario de reparto, otra parte ya ha recibido derechos por herencia. La cuarta generación, de 0 a 20 años, se puede caracterizar por tener más nivel de estudios que las anteriores y también, porque la parte de mayor edad se orienta principalmente hacia la migración como meta y no a la agricultura ni a la condición de ser posesionario con derechos agrarios.

Realizamos una breve entrevista colectiva con siete jóvenes de entre 12 y 16 años (dos mujeres y cinco varones)², en la parte relativa a expectativas de vida y tipo de actividad laboral que se prefería, la mayoría contestó resueltamente que era ganar dinero, vivir bien, con buena casa, coche, sin muchos apuros de comida, pasear y “conocer” (en el sentido de viajar); sobre la pregunta específica si creía si con la actividad agrícola de la comunidad se podría lograr eso, la respuesta casi unívoca fue que no; la mayoría dijo que no le gustaba las labores del campo porque no dan ni para comer, que se sufre mucho; algunos acotaban que sí les gustaba pero que con eso no se podía mantener a la familia, que ‘se sufren penas’ (*como sus papás*, completaban). Sobre las expectativas coincidían en que la migración ‘era lo mejor’, porque en la Sierra no había oportunidades de empleo y en las pocas que se daban se ganaba muy mal; reconocían, a la vez, que con sus estudios no era suficiente para conseguir ‘un buen trabajo’, pero que ‘sabían que en Estados Unidos se podía conseguir trabajo sin mucha preparación (educativa) y ‘muy bien pagado’. A la pregunta sobre si sus papás influyen sobre sus decisiones o les ponen algún tipo de presión, la mayoría respondió que sí pero no tanto; Dice un joven: “Creo que a mis papas les gustaría que trabaje en algo de aquí, en la parcela o algo..., pero también saben que aquí no se gana..., ya dejaron ir a un hermano”

Las familias si bien están constituidas principalmente por viviendas unifamiliares o nucleares, por lo regular también estas viviendas están emplazadas en terrenos donde están las viviendas de los familiares cercanos, los padres, los hermanos. De este modo, puede existir, por lo general, una fluida comunicación entre las partes; son pocos los casos donde en una sola vivienda habitan varios grupos familiares a la vez, incluyendo varias generaciones simultáneamente. Por lo regular, en un 80 por ciento de los casos, los abuelos habitan en su propia vivienda (pero casi siempre teniendo a unos metros a parte del resto de su familia cuando menos). Por lo general esta generación, de los 60 a los 80 años, continúa trabajando, ya sea manteniendo su parcela o habiéndola heredado ya a alguno o algunos de los hijos continúa haciendo uso de parte de ella; de cualquier modo sus tareas por lo regular son en menor escala y casi siempre auxiliado por alguien de la familia (sobre todo en los casos de más de 70 años).

Relaciones y organización en las familias de migrantes: permanencias y cambios

Se advierte ciertos rasgos de cambio en la estructura demográfica y social, así como de las familias en las generaciones recientes, en cuanto tamaño, por número de hijos y edad de los padres al casarse, así como otros rasgos como la

² Entrevista realizada el 1 de agosto de 2009, en los salones de la casa ejidal de Toninchihuán, gracias a don Laurencio, quien generosamente colaboró para reunir a los jóvenes.

escolaridad y actividades, en la dinámica familiar, de los mismos. Probablemente, no de manera necesaria ligados directamente con el fenómeno migratorio, pero sí forman parte de las condiciones y tendencias en la composición familiar que acompañan a la dinámica migratoria actual. Junto con ello, en las familias se desenvuelven procesos de ajustes en sus relaciones internas y en las definiciones del papel de sus miembros, que, a su vez, pueden marcar un giro en las condiciones de la reproducción social y en las prácticas de sobrevivencia.

Jefatura de la familia, organización y formas de decisión

Es de llamar la atención el hecho de que el 36 por ciento de los migrantes de estas localidades, registrados en la encuesta, son casados, con hijos (solo hay un caso de un migrante casado –recién- sin hijos aún) y, en contraparte sólo el 28.5 por ciento de los hogares se registró con jefatura femenina. Visto este fenómeno desde otro ángulo, aunque en sí este número de hogares con jefatura femenina es un poco más alto que el promedio nacional (un 23 por ciento, de acuerdo al CONAPO, 2006) no parece reflejar la intensa movilidad migratoria en los hogares de estas localidades. Sin embargo, esta diferencia (que de algún modo parece reflejar cierto sesgo, técnicamente hablando) puede explicarse debido a cierta conducta observada en la aplicación del cuestionario de la encuesta, pues se pudo registrar varios casos en los que la esposa, al contestar la pregunta de quién es el jefe/jefa del hogar contestaba que el marido, aun cuando luego se solía aclarar que el marido estaba ausente (como migrante)³. Por otro lado se pudo distinguir tres casos en el que al responder el jefe del hogar, al indicar el número de familias en su hogar incluía a la familia de alguna nuera o hija cuyo marido estaba ausente como migrante, aun cuando de algún modo se evidenciaba que la hija o nuera contaba con vivienda propia⁴.

De los 11 casos del total de los hogares encuestados donde la jefatura es femenina, en dos casos es por viudez, en uno por abandono de hogar del marido (migrante) y en ocho el marido es migrante (en ese momento en Estados Unidos o en otro lugar). Además, como ya señalamos, se registraron siete casos de hogares donde la esposa del migrante vive con sus suegros o con sus padres.

La tendencia hacia subordinar (o ‘encargar’) a la esposa del migrante a los padres o a los suegros nos puede revelar, entre otros, rasgos prevalecientes en la composición y comportamiento de las familias en estas localidades, la permanencia de formas ‘tradicionales’ en la familia rural, en este caso la organización familiar ampliada (o mixta, como más específicamente abordaremos un poco más adelante) sobre todo en determinadas etapas del ciclo vital de la familia. Se puede entender como modo de apoyo mutuo pero, a la vez, como modo de mantener el poder de decisión o de influencia de los padres en el devenir económico y social de su familia, a través de estas formas propias de una

³ Hubo algunos casos (tanto en la aplicación de la encuesta como en las entrevistas abiertas) en el que hubo la oportunidad de preguntarle a la esposa el por qué se asignaba al marido ausente la condición de jefe y no a ella, por lo general la respuesta, cuando la había de manera explícita, era que porque el marido era el principal (o único) proveedor de la familia y/o porque aun cuando estuviera ausente (en otro lugar) de cualquier modo participaba en las decisiones principales del hogar.

⁴ De modo similar a la nota anterior, se tuvo la oportunidad de constatar estas situaciones al aplicar entrevistas abiertas a estas mujeres y/o al jefe del hogar (padre o suegro).

organización social campesina. Pero, por otro lado, con todo, se puede observar también una tendencia, aunque incipiente, hacia la relativa independencia de las familias de migrantes a través de la formación de su propio hogar y, sobre todo, del asumir la esposa el papel de jefa de familia en ausencia de su marido.

Para conocer el proceso de las tomas de decisiones al interior de la familia, distinguimos el ámbito de lo productivo (en el medio de la producción familiar), el ámbito del trabajo y la generación de ingresos por parte de los miembros de la familia, el ámbito propio de las jerarquías de la familia (el papel de madre, hijos) y en general el medio de reproducción familiar, considerando edad, sexo, condición de casado o con familia, y ocupaciones habituales. En el ámbito productivo el padre es quien ejerce las decisiones sobre el proceso en su totalidad y la relación con los hijos que puedan contribuir es de subordinación a la jerarquía, aún en el caso de ser casados pero que a la vez no tengan a cargo (como propia) parte de la parcela familiar. En el ámbito interno familiar la esposa asume la distribución de tareas en el hogar a los hijos, el cumplimiento de las asignaciones y ocupaciones de éstos, incluyendo lo escolar, y la supervisión de su desempeño. En general, en cuanto la asignación del monto de gastos por destino es el padre quien designa y distribuye, y para las adquisiciones específicas de objetos de consumo (alimento, ropa) y la respectiva asignación por miembro, es la madre quien decide. Este mecanismo se aplica considerando como una bolsa todos los ingresos, incluyendo las aportaciones exteriores por concepto de subsidios sociales (el programa Oportunidades, becas escolares extras, suplementos para alimentación; exceptuando aquellos dirigidos específicamente a los adultos mayores). Sin embargo, a decir, de la mayoría de las madres entrevistadas, especialmente sobre este tipo de ingresos por subsidios, hay un acuerdo 'tácito' familiar por el cual ellas tienen un mayor poder de decisión sobre su destino.

Observamos que en el caso del ingreso por remesas enviadas por el padre migrante, opera de modo similar (como ya hemos visto en otros apartados), donde se aplican acuerdos predeterminados entre la pareja y confirmados en la comunicación telefónica cotidiana. Para los gastos mayores, gastos de inversión, como la construcción de la vivienda, compra de vehículo, semovientes, entre otros, por lo general se pide el auxilio, para la adquisición, de alguien como el padre del migrante, pero la decisión siempre es emitida por el migrante, aún tratándose de casos en los que el hijo, o hija, es soltero. De cualquier modo, se observa cierta intervención mayor de la mujer, la esposa, en los hogares con el padre migrante que con respecto a los hogares donde el padre no es o no ha sido migrante.

En el caso de los hijos, por lo general participan en las aportaciones de ingresos y en tareas de mayor envergadura en la unidad productiva a partir de los 12 años (y de manera más regular, desde los 14) y es cuando su intervención les otorga cierto margen de decisión en asuntos más particulares (de su propia persona). Sin embargo es de subrayar la tendencia en las generaciones actuales a independizarse del hogar paterno en tiempo más temprano y en condiciones de soltería (cuando, por lo regular, en generaciones anteriores esta independencia, relativa, llegaba cuando la persona se casaba, casi, independientemente de la edad).

Vínculos y dinámica de las relaciones familiares

Del total de las familias encuestadas, el padre es migrante en un 25 por ciento de los casos y en un 65 por ciento alguno o varios de los hijos o hijas (en algunos casos en combinación con el padre), en ningún caso sólo la madre. Sobre migraciones del padre con la madre (sin hijos) no se registró ningún caso actual, aunque algunos entrevistados señalaron que en alguna ocasión hicieron el viaje con su cónyuge (luego retornarían). Aparte, se registró cinco casos de familias (nucleares) completas que se han reunido en Estados Unidos en los últimos diez años.

Se observaron prácticas que permanecen, como el de quedar la esposa bajo la tutela de la familia del marido, cuestión que se ha registrado de modo regular en el caso de las parejas jóvenes; o más bien, parece que este tipo de manejos en estas familias, en un esquema típicamente patrilocal-virilocal, se han visto reforzados precisamente por las prácticas migratorias internacionales. Sin embargo, estas medidas, propias de un sistema de familia tradicional, no están exentas de conflictos que evidencian las propias tensiones a que da lugar este proceso de migraciones internacionales. Probablemente por ello (aunque no exclusivamente), existe también una tendencia a la alza de mujeres solteras que emigran hacia Estados Unidos y de las que buscan casarse con mayor edad y con jóvenes que no pertenecen a las comunidades de esta área (Granados-Toninchihuán).

Es de subrayar la tendencia de la población joven a migrar desde antes de los veinte años, y solteros, inclusive las mujeres. Un número importante de entrevistados, varones mayores, coinciden en advertir: las generaciones actuales ya no tienen ni perciben tantos compromisos y obligaciones como los jóvenes de las generaciones anteriores; el irse muy jóvenes y solteros en sí es un indicador de ello. Esto pudiera ser algo circunstancial, pero también puede ser algo de origen estructural, ya no hay tierra que repartir para las nuevas generaciones, pero además la labor agrícola campesina ya no es atractiva, entonces estas generaciones ya no sienten tener nada que conservar o defender, por ende los compromisos con la comunidad, agrarios o sociales, o no existen ya o no tienen tanto peso. Los vínculos, familiares, comunitarios, sociales, parecen entonces, transformarse en este proceso.

De acuerdo a los datos arrojados por la encuesta de nuestra investigación, unas ocho familias (20 por ciento) se encuentran en el caso de parejas jóvenes en formación y el esposo migrante. Un segundo grupo de edad intermedia de vida de pareja, con hijos hasta los 15 años aproximadamente, constituido por unas 10 familias (25 por ciento), lo forman familias donde el esposo es migrante. Un grupo de siete familias (17.5 por ciento) está caracterizado con el marido ausente por muchos años, con edades de la pareja que van de los 15 a los 22 años de haberse formado, y con algunos de los hijos mayores también migrantes. En los casos de parejas con más de 20 años de haber formado pareja, con hijos mayores migrantes, se registraron unas 11 familias (27 por ciento).

De acuerdo a la tendencia observada en los resultados de las entrevistas abiertas, y verificada en la encuesta, aún es escasa la práctica de reunir al núcleo familiar en Estados Unidos. A través de los, aproximadamente, veinte años que tiene como migrante la población de estas localidades, parece dominar la tendencia a la migración individual o por grupos de parientes, generalmente efectuada por el padre, o por los hijos, pero aún se observan pocos casos del

desmantelamiento de una familia en la localidad para su instalación respectiva en algún lugar de Estados Unidos. Independientemente, por el momento, de las posibles causas de estas tendencias, se puede advertir que este comportamiento implica un gasto mayor de esfuerzos y recursos familiares, además de las tensiones regulares que implica este tipo de ausencias, sobre todo en el caso del padre (que en todos los casos aparece como el proveedor principal, aunque en muchos otros no el exclusivo). Una de estas implicaciones, podemos observar, se da en la importancia que asume, al menos en momentos clave del proceso familiar, el papel de la familia ampliada, cuando entra a auxiliar al miembro migrante y su familia nuclear. Aquí observamos, en su funcionamiento, una expresión de lo que Ariza y De Oliveira distinguen como modalidad mixta o combinada de la familia rural (como combinación de las formas nuclear y ampliada en las familias rurales). Aquí, se podría considerar que esta modalidad de familia mixta aparece en este proceso como un recurso práctico para alcanzar un objetivo de sobrevivencia. Al mismo tiempo, vemos que, en el caso de las generaciones recientes, aparecen manifestaciones diferentes, como el desapego a la tierra y a las labores campesinas (como símbolo de la relación con la comunidad y con la familia, en su sentido vertical) y la tendencia a apartarse tempranamente del nicho familiar vía la migración internacional⁵.

Reflexiones finales

Encontramos a una familia rural que enlaza o mezcla las características propias de la forma 'tradicional', ampliada o extensa, con la forma nuclear en su composición y organización. Creemos que la forma nuclear fue reforzada desde la época del reparto agrario por las condiciones y exigencias mismas de este tipo de asignación y uso de derechos agrarios. Pero en este tipo y tamaño de localidades, la organización extensa, a partir de un tronco paternal donde se congregan territorial y socialmente otros miembros de la familia, sobre todo la descendencia, los lazos parentales amplios continúan teniendo una presencia de cierta eficacia y practicidad a la hora de afrontar proyectos y compromisos como el de emigrar. Guardando proporciones y particularidades se podría categorizar a esta organización como semi-extensa, y considerar a la práctica de mantener activos vínculos de parentesco, en un sentido amplio, como una base para el ejercicio y desarrollo de las redes sociales. Al menos en Toninchiuán y en Santa Rosa es de este modo, y en este sentido, en el que parece operar esta forma de organización familiar, más aun en torno a las prácticas migratorias.

Es de observar justamente, en este aspecto, que de cualquier modo el centro gravitacional de este tipo de relaciones familiares ya no gira necesariamente alrededor de la parcela, la posesión o acceso al usufructo de la tierra. Como hemos visto en los casos de estas localidades, desde los últimos veinticinco o treinta años (más de una generación) la producción agrícola ya no es la actividad más importante en cuanto a la generación de ingresos y de recursos financieros se refiere, tampoco lo es como actividad principal que demanda y congrega a la fuerza de trabajo familiar. A saber, para los hijos ya no es atractivo esperar y heredar, o ejercer los derechos a salvo, para la posesión y usufructo agrícola de una parcela ejidal. Hemos constatado que muchas parcelas

⁵ Este rasgo es particularmente notorio en el caso de las mujeres jóvenes que emigran solteras, y aun en el caso de los varones cuando también emigran como solteros.

de estos ejidos están semiabandonadas o subutilizadas, donde por lo regular, en comparación con otros casos de familias con el marido migrante, la mujer no toma el lugar de su pareja en las tareas agrícolas productivas de la familia, ni sus hijos mayores.

En este sentido es de destacarse también, el papel y expectativas de los hijos varones e hijas en las generaciones actuales. En el caso de las mujeres, es notorio el que cada vez un mayor número de hijas tiende a emigrar.

Es de notarse en este caso que la dependencia o expectativa sobre los ingresos por remesas en el núcleo familiar, por parte de los miembros mujeres, no parece ser tan crucial como en los hombres. Se aprecia en el caso de las mujeres, jóvenes y solteras, una tendencia a migrar para alejarse o independizarse del tronco familiar; es de advertirse cómo con frecuencia no sólo no regresan al núcleo familiar, sino tampoco a la comunidad, al casarse en Estados Unidos y quedarse a radicar con sus parejas allí mismo o retornar, en su caso, a la localidad del marido, que suele ser de una región o de un estado distinto. Con respecto a los hombres suele presentarse una situación similar, aunque se observa que en un primer momento de su práctica migratoria, entre la edades de los diez y seis a los veinticinco años, aproximadamente, si son solteros, continúan aportando de manera más sistemática a la economía del hogar paterno (aun cuando de manera descendente, conforme aumenta en edad y en tiempo de haber migrado).

De este modo, se advierten ciertos cambios con respecto a las asignaciones y papeles por edad y género en estas familias y también en cuanto a las relaciones de jerarquías y tomas de decisión en la dinámica interna. Entre los factores de esta tendencia se puede incluir el que en la actualidad en la niñez los hijos pasan más tiempo en la escuela y dedican un lapso más prolongado de su desarrollo a su formación escolar, y en sentido inverso cada vez participan menos en las actividades productivas y domésticas (fenómeno al que puede atribuirse a su vez a otros factores concurrentes, como son los programas de subsidios sociales, principalmente Oportunidades).

Lo anterior indica cambios más notorios y concretos para un futuro cercano, en el transcurso de la siguiente generación. Se perfila un adelgazamiento no sólo en la estructura de las familias sino también con respecto al crecimiento del número de familias en la comunidad. Como quedó señalado anteriormente, si bien han sido pocas las familias de estas localidades las que han emigrado completas hacia Estados Unidos, se observa igual una manifiesta tendencia a que las actuales generaciones jóvenes de migrantes al emigrar solteros conformen pareja en el lugar de destino y se queden a radicar ahí mismo. Con esto, gradualmente mermaría el número de familias asentadas en la comunidad y se podría debilitar el funcionamiento y constitución de los lazos y grupos familiares amplios (o "mixtos", como le hemos denominado a esa combinación entre familia extensa y nuclear que se observa en estas localidades). Refuerza esta interpretación el hecho observado de que son muy pocas las familias jóvenes o recién constituidas en esta comunidad, en proporción al número de familias pertenecientes a otras generaciones.

Estas tendencias, por supuesto, no tendrían por qué ser generalizadas, en un sentido uniforme y de efectos masivos, pero sí podrían indicar un ajuste en cuanto el número de familias asentadas, su estructura, y apuntar así hacia un crecimiento aun más lento en la dinámica demográfica de Toninchiuán y Santa Rosa. El núcleo familiar, de acuerdo a las tendencias demográficas ya

manifiestas, tenderá a ser más corto en número de integrantes lo que modificaría los actuales patrones en la estructura familiar, ya en transición de hecho. De igual modo, conforme avance el proceso cíclico de las actuales generaciones, la conformación nuclear podría ir desplazando el importante papel social que hasta ahora ha ocupado la formación mixta o semiextensa.

Lo anterior nos lleva a reforzar la perspectiva de que la tendencia que probablemente seguirá en las prácticas migratorias de Toninchihuán y Santa Rosa, o el de cualquier comunidad rural con características semejantes, será el de desplazamientos por miembros jóvenes de las familias, preferentemente solteros. De tal suerte que, a diferencia de otras prácticas donde hombres migrantes casados con el tiempo llevan a sus familias para reintegrarse y residir en el lugar de destino, en estas prácticas (tanto por hombres como por mujeres) la tendencia a consolidarse será el de formar hogares en el mismo lugar de destino. Esto muy probablemente reconfigurará las prácticas de las relaciones entre las familias asentadas en Estados Unidos y sus familias de origen, así como las relaciones con la comunidad local.

En otro orden, se observa que actualmente el tejido social y la dinámica de relaciones en la comunidad se encuentran en situación de debilidad y vulnerabilidad en la medida en que la familia, que es el sustento social de estas pequeñas localidades, se transforma en estas condiciones descritas. De hecho, como observábamos para el caso de la estructura y organización interna de la familia, al irse perdiendo en la comunidad la importancia de la actividad agrícola y del usufructo de la tierra, y ceder el espacio en favor de otras actividades económicas secundarias, como el transporte público y el comercio, podrían deteriorarse más acentuadamente las formas de cooperación en las relaciones y transformar, consecuentemente, las actuales condiciones de cohesión en la comunidad. En las entrevistas abiertas esta era una de las preocupaciones más específicas y manifiestas de la población, particularmente de la población mayor de cuarenta años.

Dados los resultados de este trabajo, sus análisis y reflexiones, el panorama que se aprecia para esta comunidad y sus familias pudiera parecer pesimista. Más aun, cuando el ejercicio de la discusión teórica y el análisis de los hallazgos orientan hacia interpretaciones que, en primera instancia, someten a prueba los mismos postulados y supuestos iniciales, evidenciando lo complejo del problema y su trama; y exigen, por tanto, explicaciones a la vez cuidadosas y que puedan afrontar nuevos escenarios y una evolución del problema.

Decía, también, de un panorama pesimista en referencia a que el modelo campesino que de algún modo parecía funcionar con todo y sus crisis y altibajos en esta región (al menos en las localidades de nuestro estudio) se encuentra ahora en un período crucial y de franco riesgo. Sobre todo si nos atenemos a las características de la relación producción-consumo en la entidad doméstica, a sus capacidades de reproducción y sobrevivencia, y a la relación con los elementos y los cambios en la estructura socioeconómica que la hicieron posible (recordando que fue justamente la combinación de factores la que permitió la formación de estas localidades campesinas, históricamente hablando, entre finales del siglo XIX y el primer tercio del siglo XX).

Con ello, sin embargo, no debe de entenderse que considero del todo determinante la acción de las condiciones estructurales y minimizar así las capacidades y dinámica del sujeto. Es evidente, en este caso de estudio, que en buena medida han sido las capacidades y habilidades de estos campesinos las

que les han permitido sobrevivir y replantear su forma de vida y el uso de sus medios; las mismas prácticas actuales, principalmente las migratorias, son una prueba de ello. Empero estas prácticas parecen llevar más hacia la necesidad de cubrir la sobrevivencia que el garantizar la reproducción social basada en un modelo o forma de vida que ha entrado a una nueva y severa etapa de crisis. Al no haber justamente en el entorno actual, y en la visualización de sus futuros inmediatos, factores detonadores del desarrollo, local y regional, no se ve cómo podrían encontrar otro rumbo las tendencias prevalecientes hasta ahora. Los miembros de las familias canalizan sus energías y capacidades de sobrevivencia en prácticas migratorias que no parecen tener como objetivo la comunidad y, en el caso de los jóvenes, la familia misma. Dicho de otra forma, las condiciones y capacidades de reproducción manifiestan fracturas difíciles de soldar y reencauzar de no ocurrir transformaciones estructurales que se diseñen y apunten hacia una reactivación de la dinámica económica y social regionales.

Bibliografía

- ADLER LOMNITZ, Larissa, *Redes sociales, cultura y poder: Ensayos de antropología latinoamericana*, México, FLACSO, Miguel Ángel Porrúa, 1994.
- ANGULO BARREDO, Jorge Ignacio, *Estrategias familiares y comunidad. Migraciones y procesos socioculturales en dos comunidades campesinas de la región de la Sierra, Chiapas*, San Cristóbal de Las Casas, tesis de doctorado, CESMECA-UNICACH, 2010.
- ANGULO BARREDO, Jorge I., "Población, condiciones de vida y respuestas ante embates económicos y naturales", Daniel Villafuerte Solís y Elizabeth Mansilla (coordinadores), *Vulnerabilidad y riesgos en la Sierra de Chiapas: dimensiones económica y social*, Tuxtla Gutiérrez, UNICACH. 2010. (pp. 39-79).
- ANGULO BARREDO, Jorge Ignacio, "De las montañas de Chiapas al Soconusco, la Selva, Cancún, hasta los Estados Unidos. Las prácticas migratorias de los campesinos indígenas de Chiapas" en Villafuerte Solís, Daniel y María del Carmen García (Coords.), *Migraciones en el sur de México y en Centroamérica*, México, Miguel Ángel Porrúa, eds., UNICACH. 2008. (pp. 323-343).
- APPENDINI, Kirsten, et. al., *El campesinado en México. Dos perspectivas de análisis*, México, El Colegio de México, 1983.
- ARIAS, Patricia, *Del arraigo a la diáspora. Dilemas de la familia rural*. México, CUCSH-Editorial Miguel Angel Porrúa, 2009.
- ARIZA, Marina - Orlandina DE OLIVEIRA, "Familias en transición y marcos conceptuales en redefinición" en *Papeles de Población*, abril-junio, número 28, Universidad autónoma del Estado de México, Toluca. 2001. (pp.9-39).
- ARIZA, Marina - Orlandina DE OLIVEIRA, "Regímenes sociodemográficos y estructura familiar: los escenarios cambiantes de los hogares mexicanos". *Estudios Sociológicos* 24, núm. 70 (enero-abril, 2006): 3-30. Revista del Centro de Estudios Sociológicos de El Colegio de México. 2006.
- ARIZPE, Lourdes, *Migración, etnicismo y cambio económico*, México, El Colegio de México. 1978.
- ARIZPE, Lourdes, "La migración por relevos y la reproducción social del campesinado", México, *Cuadernos del CES* 28, El Colegio de México, 1980.

- ARIZPE, Lourdes, *Campesinado y migración*, México, Secretaría de Educación Pública, 1985.
- ARIZPE, Lourdes, *Parentesco y economía en una sociedad nahua*, México, INI-CNCA, 1989.
- CONAPO, 2006, "Índices de Marginación 2005, Anexo B", en *Índices de marginación por municipio 2005*, México, D.F.
- DURAND, Jorge - Douglas S., MASSEY, *Clandestinos*, Migración México Estados Unidos en los Albores del siglo XXI, México, Universidad Autónoma de Zacatecas, M. A. Porrúa. 2003.
- FEDER, Ernest, "Campesinistas y descampesinistas. Tres enfoques divergentes (no incompatibles), sobre la destrucción del campesinado" en *Comercio Exterior*, vol. 27, núm. 12, México, diciembre, 1977 (pp. 1439-1446).
- GLICK SCHILLER, Nina - Linda BASCH - Cristina SZANTON-BLANC, "Transnationalism: A new analytic framework for understanding migration", Glick-Schiller, Nina, Linda Basch y Cristina Szanton-Blanc (Eds.), *Towards a transnational perspective on migration; race, class, ethnicity and nationalism reconsidered*. Nueva York, Annals of the New York Academy of Science, Vol. 645, July, (pp. 1-24), 1992.
- GONZÁLEZ DE LA ROCHA, Mercedes (Coord.), *Procesos domésticos y vulnerabilidad. Perspectivas antropológicas de los hogares con Oportunidades*, México, publicaciones de la Casa Chata, 2004.
- GUARNIZO, Luis Eduardo - Michel Peter, SMITH, "Las localizaciones del transnacionalismo", en MUMMERT, Gail (Ed.), *Fronteras Fragmentadas*, Tomo I, México, El Colegio de Michoacán, (pp. 87-112), 1999.
- HERNÁNDEZ CASTILLO, Rosalva Aída, *La otra frontera. Identidades múltiples en el Chiapas poscolonial*, México, Miguel Ángel Porrúa-CIESAS. 2001.
- INEGI, *II Censo de población y vivienda 2005*, Aguascalientes, México, 2006.
- INEGI, *Censo de Población y Vivienda, 2010*, Estado de Chiapas, Aguascalientes, México. 2011.
- LEWIS, Oscar, *Life in a Mexican village: Tepoztlán restudied*, University of Illinois Press, Urbana, 1951.
- LOMNITZ, Larissa - Marisol PÉREZ LIZAU, "La gran familia como unidad básica, solidaridad en México", *XI Congreso interdisciplinario sobre la familia mexicana*, México IJ-UNAM. 1986.
- KEMPER, Robert V., "El estudio antropológico de la migración hacia las ciudades en América Latina", en *América Indígena*, vol. 30, No. 3, pp. 609-633, 1970.
- PIORE, Michael J. *Births of passage: migrant labor in industrial societies*, Cambridge, University Press. 1979.
- PORTES, Alejandro - John, WALTON, *Labor, class and the international system*, New York, Academy press, 1981.
- ROBICHAUX, David (compilador), *Familia y diversidad en América Latina, estudios de casos*, Buenos Aires, CLACSO. 2007.
- RUS, Jan, *El ocaso de las fincas y la transformación de la sociedad indígena de los Altos de Chiapas, 1974-2009*, Tuxtla Gutiérrez, CESMECA-UNICACH-CONACYT. 2012.
- SALLES, Vania, "Cuándo hablamos de familia ¿de qué familia estamos hablando?", en *Nueva Antropología*, N° 39, México. 1991. (pp. 53-87).

Jorge Ignacio Angulo Barredo es antropólogo social con doctorado en ciencias sociales y humanísticas; investigador titular en el Instituto de Estudios Indígenas de la UNACH, México (IEI-UNACH). Sus principales líneas de investigación son: Migraciones internacionales contemporáneas; Organización social de las migraciones indígenas y campesinas en Chiapas; y Estudios de la familia rural contemporánea. Su reciente libro *Migraciones, organización familiar y cambio sociodemográfico en la Sierra Madre de Chiapas*, se encuentra en prensa.
Contacto: jiangulo@unach.mx

Recibido: 19/11/2015

Aceptado: 01/06/2016